

Diócesis de Barbastro-Monzón

«Pueblo de Dios en salida»



Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis

«Id, avisad a mis hermanos que salgan para Galilea; allí me verán» (Mt 28, 10)

1

**Primera Semana de Cuaresma
2021**

Comenzamos rezando

Hace un año, en febrero de 2020, los cristianos laicos de todas las diócesis españolas fueron convocados a participar en un Congreso con el lema *“Pueblo de Dios en salida”*. Para los dos mil cristianos que lo vivieron en directo, representando a sus respectivas diócesis, fue una experiencia inolvidable. De nuestra Iglesia diocesana participaron ocho personas. En la última Vigilia de Pentecostés, que celebramos de forma virtual a causa de las limitaciones impuestas para evitar el contagio del coronavirus, estas personas manifestaron el gozo que les produjo el haber podido participar.

Este Congreso era una gracia de Dios no sólo para los que allí estuvieron, sino para todos los seglares de la Iglesia española. Por eso, en esta Cuaresma queremos revivir, en cada parroquia, algunos de los contenidos y llamadas del Congreso, con la intención de que nos impulsen a ser verdaderamente el *“pueblo de Dios”*, que peregrina en estas tierras del Alto Aragón, *“en salida”* hacia el mundo y hacia nuestros hermanos, para que todos lleguen a gozar *“la alegría del Evangelio”*. Iniciemos, pues, la oración cuaresmal con un canto que nos recuerda que, dentro de nuestro pueblo o ciudad, nosotros somos el *pueblo de Dios* que ofrece a todos lo que por gracia hemos descubierto.

*Somos un pueblo que camina
y juntos caminando podremos alcanzar*

*otra ciudad que no se acaba
sin penas ni tristezas, ciudad de eternidad.*

Somos un pueblo que camina,
que marcha por el mundo buscando otra ciudad.
Somos errantes peregrinos
en busca de un destino, destino de unidad.
Siempre seremos caminantes
pues sólo caminando podremos alcanzar
*otra ciudad que no se acaba
sin penas ni tristezas, ciudad de eternidad.*

Danos valor para la lucha,
valor en la tristeza, valor en nuestro afán.
Danos la luz de tu palabra
que guíe nuestros pasos en este caminar.
Marcha, Señor, junto a nosotros
que sólo en tu presencia podremos alcanzar...

Dura se hace nuestra marcha,
andando entre las sombras de tanta oscuridad.
Todos los cuerpos desgastados
ya sienten el cansancio de tanto caminar.
Pero tenemos la esperanza
de que nuestras fatigas al fin alcanzarán...

¿Testigos a pesar nuestro?

El evangelista san Mateo nos cuenta que fue Jesús quien llamó a doce de entre el gentío que desde el principio le seguía, les dio poder para sanar toda enfermedad y dolencia, y los envió de pueblo en

pueblo para hacer el bien a la gente y decirles que el Reino de los Cielos estaba llegando. Luego, el evangelista identifica a cada uno de estos doce, a los que conocemos con el nombre de “apóstoles”, y dice que Jesús les advirtió: «*Gratis habéis recibido [este poder], dadlo gratis*».

No sabemos si a ellos les gustaba ser “apóstoles”; seguramente sí, pues seguían a Jesús y estaban encantados con él, aunque uno de ellos tal vez esperaba otra cosa y, al final, le traicionó; pero el resto le siguió con bastante fidelidad, si bien les costó lo suyo entender cómo era Jesús y qué pretendía. Día a día, fueron testigos, durante tres escasos años, de curaciones sorprendentes, de la conversión del agua en vino para que unos pobres novios no quedasen en ridículo, de la resurrección de gente que había muerto..., y escucharon palabras que nadie había sido capaz de proclamar. Al final, fueron testigos de algo a lo que no lograban dar crédito: la muerte ignominiosa de Jesús, sin que Dios interviniera en favor suyo; pero también de algo mucho más increíble: la resurrección del crucificado. Todo esto les convirtió en unos testigos que ya *«no podían callar lo que habían visto y oído»*.

Cuando Jesús les dijo que dieran gratis lo que gratis habían recibido, también se refería a esta experiencia singular de haber visto lo que Jesús hizo y vivió, y de haber oído de sus propios labios la explicación de todo ello. Todos nosotros, cristianos desde nuestra infancia, también hemos “visto” y “oído” a Jesús en muchas ocasiones; no ha sido de una

forma física e inmediata, como aquellos que convivieron con él, pero le hemos visto y oído dentro de nosotros, porque Jesús sigue vivo y su Espíritu nos lo muestra a través del testimonio de la Iglesia. Por eso, creemos en él y no podemos dejar de ser sus testigos; aunque a veces dar testimonio de Jesús nos resulte arduo o comprometido, pesa más el *encuentro* con Jesús que las penalidades que nos pueda producir el anunciarlo.

¿Qué es el cristianismo?

En contra de lo que algunos piensan, el cristianismo no es sólo ni primordialmente una manera de ver el mundo y a las personas, aunque, sin duda, proporciona una visión de la vida, casi siempre diferente del modo de pensar dominante; tampoco es sólo ni en primer lugar el esfuerzo para ser mejores, aunque nos lleva a vivir “de otra manera”; y no consiste en la práctica de unos ritos con los que ganarse el favor de Dios, aunque impulsa a celebrar con gozo lo que experimentamos y creemos. Entonces, ¿qué es el cristianismo? Es, sobre todo, una decisión: la de cooperar con Dios para salvar la historia de la humanidad.

Pretender salvar la historia de la humanidad puede parecer un atrevimiento, pero es lo que el Hijo de Dios vino a hacer al tomar carne humana en Jesús, como afirma el evangelista Juan en el prólogo de su evangelio: «*La Palabra era la luz verdadera*

que ilumina a todo hombre que viene a este mundo». Desgraciadamente, «vino a su casa, y los suyos no la recibieron, pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (Jn 1, 9-12). Por eso, quien cree en Jesús se embarca en una aventura, que Dios ha puesto en marcha y sigue manteniendo activa: salvar la historia de la humanidad.

Esta cooperación con Dios la realizamos mediante nuestras pobres palabras, que ponen voz a la verdadera Palabra —Jesús—, y mediante los sacramentos en los que se realiza, por la fuerza de Dios, aquello que los signos sacramentales significan: el amor misericordioso del Padre hacia todos sus hijos. De manera que, como cristianos, tenemos dos tareas ineludibles: hablar a todos de Jesús para que descubran que es su verdadero tesoro, y celebrar con veracidad los sacramentos, de manera que se realice, primero en nosotros, y también en nuestros hermanos, lo que cada uno de los sacramentos significan: la *nueva vida*, que nace en el bautismo; la *presencia de Jesús*, entregado hasta el extremo en la eucaristía, que nos lleva a entregarnos a los hermanos; el *perdón de Dios*, que nos hace capaces de perdonar a quienes nos ofenden..., y así en cada uno de los demás sacramentos.

¿Somos sujetos del primer anuncio?

Un espacio del Congreso de Laicos se dedicó, justamente, a reflexionar sobre esta tarea de dar a

conocer a Jesús. Es el “primer anuncio” de esta Palabra divina hecha carne humana, que muchos necesitan escuchar para alcanzar el gozo de ser cristianos. Los anuncios se hacen con palabras; en este caso, no se trata de esas palabras que llenan los eslóganes y la publicidad, sino de la palabra del mismo Dios, que resuena constantemente en la celebración eucarística. Cristo está siempre presente a través de su palabra, pues “cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla”, como afirmó solemnemente el Concilio Vaticano II.

A veces, los cristianos pensamos que el “primer anuncio” de la fe consiste en salir a la calle, llamar la atención de la gente y decirles que Jesucristo ha resucitado, pero luego cometemos la torpeza de escuchar las lecturas de la Misa distraídos, buscando papeles o haciendo cosas que nos parecen necesarias para la celebración, en lugar de escucharlas con tal atención que el silencio se haga sonoridad íntima en el corazón: ¡es Dios quien está hablando! Sin embargo, cualquiera que observe cómo escuchamos las lecturas de la Misa podría pensar que lo que se está proclamando son palabras sin importancia.

El papa Benedicto comparó la presencia real de Cristo en el pan y el vino consagrados con la presencia de Cristo al proclamar su palabra. Esta presencia eficaz de Jesucristo en la proclamación de su palabra es una forma de *anuncio renovado*, que todo cristiano debe oír para despertar y activar su comunicación vital con Cristo, que llegará a plenitud en la comunión de su Cuerpo y de su Sangre.

Un camino progresivo

El “primer anuncio” de la fe, del que somos responsables todos y cada uno de los cristianos, es un *camino progresivo* en el que hemos de dar los siguientes pasos: el primero, el *testimonio* de una vida guiada por el amor y la solidaridad, que hace creíble la fe que deseamos transmitir; después viene el del *anuncio de Jesucristo* como Señor, salvador y hermano nuestro, que colma y garantiza el anhelo de esa vida feliz que andamos buscando; luego será necesaria la *catequesis* y el *acompañamiento*, que nos ayudan a dar razón de nuestra esperanza y muestran que es coherente con las aspiraciones más profundas del ser humano; por fin, la participación gozosa en los *sacramentos*, donde el encuentro con Jesucristo crece, se hace pleno y alimenta un modo nuevo de vivir.

Cuando Jesús resucitó, se apareció en primer lugar a un grupo de buenas mujeres, que habían ido de madrugada al sepulcro para terminar de embalsamar su cadáver. Se encontraron con que no había cadáver que embalsamar; en cambio, allí estaba un ángel que les anunció: «*Ha resucitado y va delante de vosotros a Galilea*». Ellas salieron corriendo a dar la noticia a los discípulos y, entonces, fue el propio Jesús quien les salió al paso y les encargó: «*No temáis. Id, avisad a mis hermanos que salgan para Galilea; allí me verán*» (Mt 28, 1-10). Éste mismo encargo es el que ahora nos hace Jesús a los cristianos: sale a nuestro encuentro en cada Eucaristía

y nos encarga que digamos a todos que vive y que, si vamos a Galilea, allí le veremos. ¿Por qué nos envía a Galilea? Porque Galilea representa el lugar donde Jesús comenzó su misión anunciando el reinado de Dios con signos y palabras. Paso a paso, el “primer anuncio” de Jesús a quienes no le conocen reclama darles a conocer los hechos y palabras de Jesús, porque son «*palabras que dan vida*». Ésta es ahora nuestra tarea: presentar a Cristo como verdadera alegría del mundo.

Cristo,
alegría del mundo,
resplandor de la gloria del Padre.
¡Bendita la mañana
que anuncia tu esplendor al universo!

En el día primero,
tu resurrección alegraba
el corazón del Padre.
En el día primero,
vio que todas las cosas eran buenas
porque participaban de tu gloria.

La mañana celebra
tu resurrección y se alegra
con claridad de Pascua.
Se levanta la tierra
como un joven discípulo en tu busca,
sabiendo que el sepulcro está vacío.

En la clara mañana,
tu sagrada luz se difunde
como una gracia nueva.

Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis

Que nosotros vivamos
como hijos de luz y no pequemos
contra la claridad de tu presencia. Amén.

Para la reflexión personal o en grupo

- ❖ ¿Me siento enviado a ser testigo de Jesús entre la gente con la que vivo y a darles gratis lo que yo he recibido sin méritos propios?
- ❖ Las dificultades que encuentro para ser testigo, ¿me resultan tan arduas que me nublan el gozo de mostrar a Jesús? ¿Qué hago para superar estas dificultades?
- ❖ ¿Me siento cooperador de Dios en la aventura de salvar la historia de la humanidad o mi vida cristiana se limita a “cumplir” lo que está mandado?
- ❖ ¿Mis encuentros con la Palabra de Dios en la Eucaristía son rutinarios o verdaderos *encuentros* con una Palabra “que da vida eterna”?

Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis

Guía para orar durante la Cuaresma

Para la primera semana

Del 21 al 27 de febrero

Por el Bautismo hemos recibido el don de la fe y estamos llamados a dar testimonio de Jesucristo en el mundo, en nuestro propio ambiente.

Lecturas bíblicas para esta semana

Durante esta primera semana de Cuaresma podemos acompañar nuestra oración diaria con los siguientes textos del evangelio, en los que se narran diversas llamadas de Jesús.

Domingo, 21 de febrero: Lucas 1, 26-38

Lunes, 22 de febrero: Mateo 4, 18-22

Martes, 23 de febrero: Mateo 9, 9-13

Miércoles, 24 de febrero: Mateo 10, 1-14

Jueves, 25 de febrero: Mateo 19, 16-29

Viernes, 26 de febrero: Juan 1, 35-51

Sábado, 27 de febrero: Mateo 16, 13-20

Palabras para orar

Jesús, no tienes manos.
Tienes sólo nuestras manos
para construir un mundo
donde habite la justicia.

Jesús, no tienes pies.
Tienes sólo nuestros pies
para poner en marcha la libertad y el amor.

Jesús, no tienes labios.
Tienes sólo nuestros labios
para anunciar al mundo
la Buena Noticia de los pobres.

Jesús, no tienes medios.
Tienes sólo nuestra acción
para lograr que todos seamos hermanos.

Jesús, nosotros somos tu Evangelio,
el único evangelio que la gente puede leer,
si nuestras vidas son obras y palabras eficaces.

Jesús, danos tu amor y tu fuerza
para proseguir tu causa
y darte a conocer a todos cuantos podamos.

Consejos para orar con la Palabra de Dios:

1. Antes de empezar a leer, invoca al Espíritu Santo para que te ayude a comprender.
2. Lee despacio el texto y recuérdalo durante unos momentos, como tratando de hacerlo tuyo.
3. Piensa: ¿este texto ilumina algo de lo que pasa en mi vida?
4. Vuelve a leer el texto y habla con Dios sobre lo que se te vaya ocurriendo.
5. Para terminar, reza con la oración indicada para cada semana y rézala solo o, si te es posible, con otros miembros de tu familia.